

DORA ISELLA RUSSELL, UNA EMBAJADORA LÍRICA DE AMÉRICA LATINA



Por: Jenny Londoño López¹

Dora Isella Russell, de nacionalidad uruguaya, pero nacida en Argentina, fue una de las poetas más activas en el mundo literario durante el período en que vivió y viajó a varios países latinoamericanos, en donde dejó recuerdos imperecederos entre sus amigos y amigas intelectuales.

¹ Escritora, socióloga e historiadora ecuatoriana. Es Miembro de Número de la Sección Académica de Historia y Geografía de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Historia, del Ecuador. También pertenece a la Sociedad Ecuatoriana de Escritores (SEDE), de la que fue Secretaria entre los años 2000 y 2002, y a la Asociación de Historiadores del Ecuador (ADHIEC).



Nacida en Buenos Aires el 15 de marzo de 1925, fue llevada por su familia a vivir en Uruguay en el año de 1933, cuando apenas contaba con 8 años de edad. Allí se graduó de bachiller en la rama de Derecho, en 1942. Empezó a escribir poesía desde muy joven y trabajó esporádicamente como profesora agregada de Literatura. De este modo, en 1943, publicó su primer poemario, titulado: "Sonetos",² y para el año siguiente dio a la luz su primer ensayo literario, que sirvió como prólogo a la edición uruguaya del Peer Gynt de Ibsen.

De 1944 a 1945 colaboró en la clasificación de manuscritos de José Enrique Rodó, en el Instituto Nacional de Investigaciones y en archivos literarios, pero la poesía ya había anidado en ella un nuevo vástago: "El Canto Irremediable", que publicó en 1946.

Entre 1947 y 1948, Dora escribió varios ensayos sobre la poesía de su admirada amiga Juana de Ibarbourou, publicados como separatas de la Revista Nacional. El 10 de agosto de 1947, Dora Isella Russell escribió en un artículo extenso y cargado de gran convicción sobre la calidad literaria de su amiga Juana:

"En nuestro tiempo de fáciles y perecederas entronizaciones, que asumen la pretensión de desterrar lo consagrado y lo tradicional; en nuestro tiempo iconoclasta e inconsecuente, mantenemos una fidelidad y una emoción que redimen nuestra proverbial inconstancia y reafirman el tono de nuestras lealtades. El nombre de Juana de Ibarbourou conserva la integridad de su invulnerable prestigio, en el correr de los días; el tiempo, ese gran nivelador -justiciero inconsciente- que concede por igual consagraciones y olvidos, que devora contornos y lima pedestales, da, en el caso de Juana de Ibarbourou, la necesaria perspectiva para penetrar el alcance de su personalidad singular, y la duración inalterable de su mensaje lírico.

"Hace 18 años, América testimonió, dando su nombre a una hija de excepción, algo que era, más que su pleitesía y admiración de entonces por aquella joven maravillada, vaticinio y convicción de su destino. Videncia de un continente que ya se honraba a sí mismo, anticipando el sentido ascensional de su gloria futura. Es innegable que Juana explica y justifica su celeste permanencia en el primer cielo de las poetas americanas".³

2 Editorial Hiperión, Montevideo, 1943.

3 Dora Isella Russell: "En un nuevo aniversario de la consagración de Juana de América", Montevideo, 10 de agosto de 1947. En: letras-uruguay.espaciolatino.com



Dora Isella Russell visita la imprenta de la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1958. Junto a ella pueden verse, en primera fila, Benjamín Carrión y Alfredo Pareja Diezcanseco, y, en segunda fila, Jorge Enrique Adoum y Humberto Salvador. Figuran también otros escritores y artistas, así como los trabajadores de la Editorial de la CCE.

Así Dora Isella se convirtió en una especie de paladín de la gloria poética de Juana de Ibarborou, a quien hizo conocer en varios países del continente americano, a los que viajó llevando conferencias sobre la obra poética de su admirada compatriota.

Un año después, en 1949, veía la luz su nuevo poemario, titulado “Oleaje”, que fue prologado por el afamado escritor Ventura García Calderón.⁴

En 1948 fue socia fundadora de la Asociación Uruguaya de Escritores, en la que fue nombrada Secretaria de Actas, cargo que ocupó hasta 1953, cuando fue electa Vicepresidenta de la Institución. Dos años después, cuando terminó su período, se retiró de la Asociación.

Posteriormente, en el año de 1951, publicó una “Compilación, Anotaciones y Noticia Biográfica a las Obras Completas de la poeta uruguaya Juana de Ibarbourou”,⁵ y en el mismo año, se imprimió la segunda edición de su poemario “Oleaje”, como parte de un homenaje que le brindaron varios de sus amigos y con un epílogo de su querida ami-

4 El libro fue publicado por Impresora Uruguaya; Montevideo, 1949. En la portada figura una acuarela de Vicente Martín.

5 En colección JOYA, Aguilar, Madrid, 1ra. ed. 1953, 2da. 1960.

JUANA DE IBARBOUROU

OBRAS COMPLETAS

Edición preparada por
DORA ISELLA RUSSELL

INDICE

Juana de Ibarbourou, por Ventura García Calderón. — Noticia biográfica de Juana de Ibarbourou, y Cronología de la vida y obras de Juana de Ibarbourou, por Dora Isella Russell.

Las lenguas de diamante. — Raíz salvaje. — La rosa de los vientos. — Perchida. — Dualismo. — Amor. — Mensajes del escriba. — El cántaro fresco. — Loores de Nuestra Señora. — Estampas de la Biblia. — Chico Carlo. — Los sueños de Natacha. — Puck. — Destino. — Páginas variadas.

Única edición de las obras completas de la gran poeta uruguaya.

AGUILAR, S. A.  DE EDICIONES

ga Juana de Ibarbourou. Ese mismo año vio la luz su primera Antología Poética, publicada por la prestigiosa Editorial Garnier, de Francia, con el nombre de *Premiere Antologhie*, con traducciones de Miomandren y Vandercammen.

En 1951 se publicó *Lírica Hispana*, en Caracas, con prólogos de la editora Connie Lobell, con el nombre de “Cinco poetas de América: Juana de Ibarbourou, Clara Silva, Meira Delmar, Dora Isella Russell, Jean Aristiguieta”.⁶

Nuestra poeta preparó luego una Antología de Poetas Uruguayos, que fue publicada por la Editora Lírica Hispana, de Venezuela, con el No. 111, que apareció en mayo de 1952, y adicionalmente le dedicaron el volumen No. 114, en el que aparecieron sus tres libros de poemas ya publicados y su poemario

“El otro olvido”. Este último fue también impreso en “Cuadernos Americanos”, en México, en 1952.⁷

Además de gran escritora, Dora Isella tenía el don de la palabra hablada y era una gran conferencista, que abarrotaba los salones literarios de la época con sus interesantes alocuciones. Los títulos de algunas de ellas fueron: Vida y obra de Juana de Ibarbourou; Artigas en la poesía uruguaya; Dimensión y mensaje en la “Tempestad”, de Shakespeare; José Martí; José Pedro Varela y la Democracia Uruguaya; Elvira Reyes, la última romántica; José Santos Chocano; y, El niño y su isla, en donde habló de la influencia del cuento en la formación de los niños.

Como delegada oficial del Ministerio de Instrucción Pública de su país, dio sendas conferencias sobre la literatura uruguaya en Argentina y Chile.

En 1954 publicó un nuevo poemario: “Los Barcos de la Noche”.⁸ Posteriormente fue nombrada delegada del Poder Ejecutivo al Consejo de Derechos de Autor. Más tarde visitó Chile, Argentina y México, pronunciando discursos sobre la obra poética de Juana

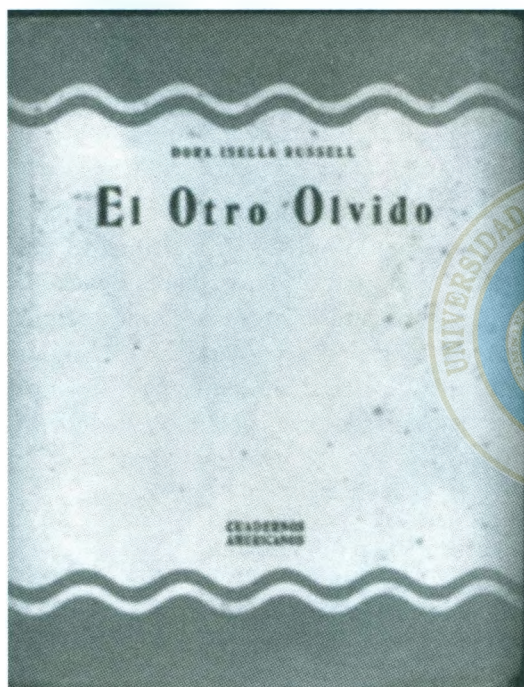
6 *Lírica Hispana*, No, 104, Año IX, Caracas, octubre de 1951.

7 Dora Isella Russell, *El Otro Olvido*, México D.F., Cuadernos Americanos, 1952, 98 p.

8 Edición de la autora, Montevideo, Uruguay, 1954.

na de Ibarbourou y otros diversos temas literarios, siendo recibida en aquellos países con mucho entusiasmo y calidez.

En 1960, Dora fue invitada al IV Congreso de Poesía, que se celebró en Puerto Rico, donde fue recibida con honores por sus organizadores. Allí dictó conferencias en la Universidad de Río Piedras, en la Universidad Católica, en los Ateneos de San Juan y Ponce. La Universidad de Puerto Rico publicó su poemario “Había una vez una isla”, en 1968. En el camino de vuelta a Uruguay, la incansable viajera hizo escalas para visitar Panamá y Lima, en donde fue acogida con afecto por los escritores de aquellos países.



En 1960, Dora Isella publicó con la Editorial Aguilar, de Madrid, un libro sobre poesía lírica uruguaya del siglo XX, titulado: “Del Alba al Mediodía”, con un prólogo de Ventura García Calderón y un epílogo de Juana de Ibarbourou, sus dos amigos entrañables.

En marzo de 1961 fue invitada al Ecuador por el Presidente Dr. José María Velasco Ibarra, quien la condecoró con la Orden Nacional al Mérito, en el rango de Gran Oficial. La poeta hizo grandes amistades en nuestro país, sobre todo con los escritores más prestigiosos de la época, y dio conferencias en varias ciudades del Ecuador, entre ellas Quito, Guayaquil, Ambato y Cuenca, despertando una inmensa simpatía, que llevó a los ecuatorianos a colocarle su nombre a la Biblioteca del Colegio Dolores Sucre,

ubicada en el puerto de Guayaquil. También su nombre ondeó generosamente en una escuela pública de la Provincia del Chimborazo y en una Escuela Municipal de Quito. De su presencia en el Ecuador quedaron innumerables y hermosas huellas literarias, pues escribió varios poemas dedicados a los escritores con los que estableció lazos de amistad. Algunos de ellos fueron Benjamín Carrión, Isaac J. Barrera, Enrique Garcés, Jorge Icaza, Ileana Espinel, Aurora Estrada y Ayala, Galo René Pérez, Leopoldo Benítez Vinuesa; César Andrade y Cordero; Agustín Cueva Tamariz, Adalberto Ortiz; Luis Antonio Falconí Villagómez. También dedicó un sentido poema a su compatriota y amigo Gilberto Gatto Sobral, un notable arquitecto que por entonces vivía en el Ecuador, donde había diseñado los vanguardistas edificios de la nueva Ciudad Universitaria.

Convertida en admiradora entusiasta de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, dirigida entonces por el gran Benjamín Carrión, le impresionó vivamente su Museo de Instrumentos Musicales, sobre el cual escribió un interesante artículo para el periódico “El Día”, de Montevideo, que fue publicado el 21 de mayo de 1961 y reproducido más tarde en la revista quiteña Letras del Ecuador.⁹

Como personaje de la cultura latinoamericana de su tiempo, participó en encuentros literarios con Alfonso Reyes, Ventura García Calderón, Ricardo Rojas, Federico Sainz de Robles, Cayetano Córdova Iturburu, Ramón Gómez de la Serna, y otros. Además de su propia obra literaria, la otra tarea cultural que le dio fama en el ámbito hispanoamericano fue su preocupación por difundir la obra de Juana de Ibarbourou. Entre otras cosas, ello la llevó a preparar una edición de homenaje a esta gran poeta uruguaya. Esta antología poética de Juana de Ibarbourou vio la luz en 1970. En el mismo año, Dora Isella publicó su nuevo libro “Los sonetos de Simbad”, en Madrid.¹⁰

Juana de Ibarbourou también profesaba una afectuosa amistad por Dora Isella Russell. El escritor riobambeño Galo Vaca Acevedo, quien conoció a esta última, dice de ella que: “Existen varias historias sobre su paso por las artes, Juanita habla de su voz, pero es la Editora Aguilar la que imprime su nombre para la primera y única edición dedicada a su amiga donde aparece un ramillete de las mejores poesías. La foto original me obsequió el escritor ecuatoriano Dr. Carlos de la Torre Reyes en su casa-finca del Valle en Quito, junto con otras historias de arte, letras, viajes, encuentros y amistades”.¹¹

Obra poética y ensayos en prosa

Dora Isella Russell hace parte de una rica tradición de la lírica femenina hispanoamericana. Su primer libro, “Sonetos”, publicado en 1943, fue bien recibido por la crítica literaria y desde allí su obra se fue volviendo más profunda. Su estilo literario fue comparado con el de Elisabeth Barrett Browning, por el afamado intelectual mexicano Alfonso Reyes, y su poesía mereció los más destacados elogios.

Buena parte de los poemas de Dora Isella hablan de una soledad existencial, dolorosa, permeada por la angustia de la finitud del amor. Sin embargo, los suyos no son versos apocalípticos, que denuncien un sufrimiento sin límites; son delicadas quejas amorosas, que rayan con la resignación, con una aceptación serena de ese destino que a veces no podemos cambiar. Es como si ella hubiera estado preparada ya para los profundos des-

9 Letras del Ecuador, pp. 8-9, año XVI, Quito, sept-dicbre-1961.

10 “Los Sonetos de Simbad”, Madrid, Cultura Hispánica, 1970. 1ª edición.

11 Galo Vaca Acevedo en: Mundo Literario, pág. Web. <http://web.mac.com/galovaca/Web/galovaca/.html>



Revista Literaria Pegaso N° 1 (p.14)

samente la tierra que lo enmarca. Fue así que ese río de versos se derramó por Puerto Rico, Ecuador, Perú, Argentina, Chile, Panamá, en donde fue dejando pedazos de su alma, enhebrados en cálidas palabras, con genuinos aderezos de un amor sideral, monumental, hermanado de lunas y cantos ancestrales. Así escribió sus "Poemas andariegos", en donde volcó su amor hacia nuestra América Latina.¹²

"El canto irremediable" es una de sus mejores obras, tal vez la que escribe en el momento de su mayor madurez poética y por la cual recibió el premio del Ministerio de Instrucción Pública de Uruguay.

La Universidad Central del Ecuador, con sede en Quito, fue uno de los espacios donde relució la calidad intelectual de Dora Isella Russell, por medio de recitales, conferencias y reuniones académicas. De ahí que esta centenaria casa de estudios publicara en 1958, en la Revista prestigiosa Anales, su poemario: "Sonetos del mal tiempo y otros poemas", que recogía textos escritos por Russell en el año de 1953.¹³ Algunos de

laves de las relaciones afectivas; como si a pesar de la fuerza del amor puesta en cada nueva ruta, ella supiera que todo es pasajero, que todo puede cambiar con el tiempo, con esa avalancha de las horas, de los días, de los años, que inexorablemente se abalanza sobre nuestra humanidad ansiosa para mostrarnos que lo que fue un río incontenible y arrasador, más tarde puede llegar a ser un tranquilo y delgado riachuelo, o incluso, peor, un lecho desértico y silencioso.

Pero hay en Dora Isella un amor poderoso por la tierra, por los maravillosos confines de Nuestra América, que ella recorrió atravesando largos y sinuosos caminos, a través de los cuales creció espiritualmente, humanamente, hasta llegar a sentirse repleta, plena, confortada de angustias, para llegar a desbordarse, a su vez, como un río que riega generosamente

12 Publicado en el Suplemento Cultural del diario "EL DIA", el 3 de agosto de 1980.- Directora Dora Isella Russell (Suplemento dominical fundado en Montevideo, capital de la Republica Oriental del Uruguay, por don Lorenzo Batlle Pacheco, el 2 de octubre de 1932). El diario "EL DIA" fue fundado por don José Batlle y Ordoñez, el 16 de junio de 1886.

13 Universidad Central del Ecuador, Revista Anales, Tomo LXXXVII, marzo 18 de 1958, No. 342, Editó-

aquellos poemas estaban dedicados para escritores ecuatorianos con quienes estableció relaciones de estrecha amistad. A Jorge Carrera Andrade le dedicó el poema "Tellus Ecuatoriana"; a Isaac J. Barrera, "Crear como la tierra"; a Enrique Garcés, "El indio no domado"; a Jorge Icaza, "la India madre"; "El bebedor de la noche andina" fue dedicado a la poeta guayaquileña Aurora Estrada y Ayala. También dejó poemas de exaltación del Ecuador, de su variada geografía, de sus gentes diversas, de sus alegres ciudades. Al río Guayas y a la ciudad de Guayaquil le escribió el poema "El río y la ciudad"; otro "A la ciudad de Quito", dedicado a Galo René Pérez; "El Chimborazo", para Leopoldo Benítez Vinuesa; "A la ciudad de Cuenca", para César Andrade y Cordero; "Al tomabamba, desbordado", para Agustín Cueva Tamariz; "El sueño de los soles", para exaltar los Andes; "La noche extática", para Adalberto Ortiz; "La solitaria isla de la Plata", para Gilberto Gatto Sobral, y "El hijo del sol", para L.A. Falconí Villagómez.

Varios escritores de la época se expresaron con comentarios elogiosos sobre su quehacer poético. Citamos algunos de ellos:

Henri de Montherlant escribió que su poemario "Oleaje" estaba «pleno de ese auténtico canto interior que se basta a sí mismo y al cual el comentario más sutil no podría añadirle nada».¹⁴

Jorge Carrera Andrade, candidato que fuera al Premio Nobel de Literatura y uno de los mayores escritores latinoamericanos de su tiempo, dijo de ella: "Toda su poesía delata un ardiente fervor lírico, encauzado sabiamente por una virtuosa disciplina espiritual y un gran anhelo de perfección".¹⁵

Federico Sainz de Robles expresó: "Dora es una de las más admirables y personales poetas de Hispanoamérica, cuyos países, tantas incomparables poetas han dado al idioma Castellano...cabe afirmar que su lirismo sugestivo, original, impresionante, de emoción y eterno destino, enraíza en una sensibilidad en carne viva".¹⁶ "Su libro "El Otro Olvido", con la mayor sinceridad he de decirlo, lo reputo como una obra lírica fundamental".¹⁷

Ricardo Rojas, cuando hacía la presentación de su excelente libro: "El tiempo del regreso", que publicó la argentina Editorial Losada, alabó su capacidad poética y su triunfal versatilidad, pues, aunque en este libro la mayoría de los poemas eran sonetos, abordaba también otras formas y otros tonos. "Su arte está en plena sazón, y su confi-

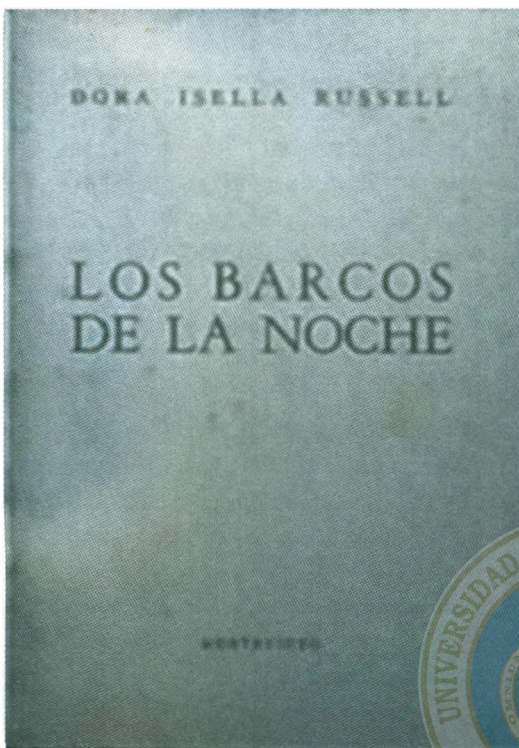
rial Universitaria, Quito. Pp. 443-473.

14 En Dora Isella Rusell, "Tiempo y Memoria" No. 251, , Casa de Poesía Lírica Hispana, Directoras Connie Lobell y Jean Aristiguieta, Caracas. Venezuela, Año XXI, marzo 1964, p. 54.

15 Ibidem.

16 Idem, p.51-52.

17 Idem, p.55.



dencia lírica es inquietante y densa. Ha crecido hasta ser la mayor poetisa actual de nuestra América”.¹⁸

El periodista Cayetano Córdova Itúrburu, que fue uno de los decanos de la crítica de arte en Argentina, señalaba sobre la obra de Dora Isella: “Creo sin reservas que es dueña de uno de los idiomas poéticos de mayor dignidad y de más total intensidad, que se han dado entre nosotros y, particularmente, en la ya admirable lírica femenina de esta parte del mundo”.¹⁹

El afamado escritor español Ramón Gómez de la Serna, expresaba por su parte: “Ha dicho Ud. en sus versos cosas que ya no podrán desvanecerse nunca y cuya sinceridad poética nos llevará a releerla siempre”.

Y Arturo Torres Río Seco afirmaba: “Es Ud. un alto poeta de fina angustia y ardientes alegrías, es decir poeta intenso, genuino... Sigue Ud. triunfando en la clásica estructura de sus sonetos, vasos fríos, donde Ud. pone el fuego de su alma con una extraña mezcla de realismo y exaltación ideal, que a veces turba”.²⁰

Dora Isella Russell era también una destacada prosista. Realizó un estudio completo sobre «Roberto de las Carreras», el dandy hermoso, el “Luzbel del Montevideo de fines del Siglo XIX», que al parecer era un ascendiente familiar. En 1964, en el Cuaderno No. 251 de *Lírica Hispana*, se publicó su ensayo: “Tiempo y Memoria”, en la ciudad de Caracas.

Otra obra de Dora Isella es “El tiempo del regreso”, constituida por relatos en los que recrea sus recuerdos de los paisajes, la gente y la vida cotidiana de los países que conoció en sus viajes por Iberoamérica. Fue publicada en Ediciones Cultura Hispánica, en 1966.

Entre los ensayos que escribió encontramos un artículo curioso que Juan Carlos Montalván, en su Artículo: “Primer Periodo 2011” reseña así:

18 Ibídem.

19 Idem, ambos comentarios en pág.54.

20 Idem, p. 55.

“En el artículo llamado “Eternidad de la Columna” de Dora Isella Russell se puede encontrar, según Umberto Eco, un registro que recoge todos los significados que se asocian con la columna, los cuales se pueden ver como opiniones generales que la sociedad reconoce. Como primer punto, dentro de las características morfológicas de la columna se pueden mencionar la base, el fuste y el capitel. A lo cual se le asigna una metáfora con respecto a un árbol, el cual posee raíz, tronco y copa. Dora Isella Russell hace mención al respecto, planteando que del árbol nació la columna. De aquí que algunos arquitectos tomen su idea rectora, por ejemplo, Toyo Ito con la Mediateca de Sendai, él utiliza la forma de los árboles en la concepción de la estructura”.²¹

La fuerza poética de Dora Isella produjo reacciones volcánicas en escritores que nunca llegaron a conocerla, como fue el caso del escritor Felipe Elvir Rojas, quien escribió un poema a propósito de otro escrito por Dora: “Los barcos de la noche”. A continuación transcribimos su poema:

“A Dora Isella Russell, después de leer su libro: “Los Barcos de la Noche”.²²

*“Los Barcos de la Noche”, Dora Isella
llegaron a mi mundo sin orillas.
En la albura perenne de sus velas
se incorpora tu noble fantasía.*

*Yo los miré llegar. Estaba en vela,
pensando en el dolor de la agonía.
Yo les miré llegar. En las estelas
dejaron la expresión de tu poesía.*

*En sus quillas y cascos relucientes
y en sus nautas callados, obedientes
se eterniza la voz de tus quimeras.*

*¡Oh pleamares con rudas sacudidas!
¡En tus barcos hay teas encendidas
y una fiesta perpetua de banderas!*



21 Juan Carlos Montalván: *Una denuncia hacia el deber y/o derecho de la arquitectura sostenible. Ensayo Primer Periodo 2011.* (Blogspot de la Clase de Teoría Superior de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, 18 de julio de 2011).

22 Felipe Elvir Rojas: 1927-2005, escritor, periodista y editor hondureño, A Dora Isella Russell. *Revista Literaria Pegaso* N° 1, p. 14, Marzo de 1957. Compilado por Sheila Bocanegra, *Apreciación Literaria*, UNITEC.

Este poema es un texto digno para despedir esta evocación de tan insigne poeta latinoamericana, que dejó tan bellos recuerdos en quienes la conocieron y tan honda huella en la cultura de nuestra América. Dora Isella Russell murió en 1991.



Bibliografía

Letras del Ecuador, pp. 8-9, año XVI, Quito, sept-dicbre-1961.

Lírica Hispana, No, 104, Año IX, Caracas, octubre de 1951.

Montalván, Juan Carlos: *Una denuncia hacia el deber y/o derecho de la arquitectura sostenible. Ensayo Primer Periodo 2011*. (Blogspot de la clase de Teoría superior de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, 18 de julio de 2011).

Revista "*Tiempo y Memoria*", Casa de Poesía Lírica Hispana, Directoras Connie Lobell y Jean Aristiguieta, No.251, Caracas. Venezuela, Año XXI, marzo 1964, p. 54.

Russell, Dora Isella: "*En un nuevo aniversario de la consagración de Juana de América*", Montevideo, 10 de agosto de 1947. En letras-uruguay.espaciolatino.com

....."*Los Sonetos de Simbad*", Madrid, Cultura Hispánica, 1970. 1ª edición.

Sainz de Robles, Federico Carlos: *Diccionario de la Literatura (Escritores españoles e Hispanoamericanos)*, Tomo II, Ed. Aguilar, Madrid, 1953.

Suplemento Cultural del diario "El Día", el 3 de agosto de 1980.- Directora Dora Isella Russell, Montevideo.

Universidad Central del Ecuador, Revista Anales, Tomo LXXXVII, marzo 18 de 1958, No. 342, Editorial Universitaria, Quito. Pp. 443-473.

Vaca Acevedo, Galo: Mundo Literario, página web. <http://web.mac.com/galovaca/Web/galovaca/html>

POESÍA DE DORA ISELLA RUSSELL

Como un homenaje a la memoria de esta gran poeta uruguaya, ANALES se complace en reproducir este libro suyo, que fuera publicado originalmente en su número 342, de marzo 18 de 1958.

SONETOS DEL MAL TIEMPO Y OTROS POEMAS

SONETOS DEL MAL TIEMPO

Soneto de septiembre

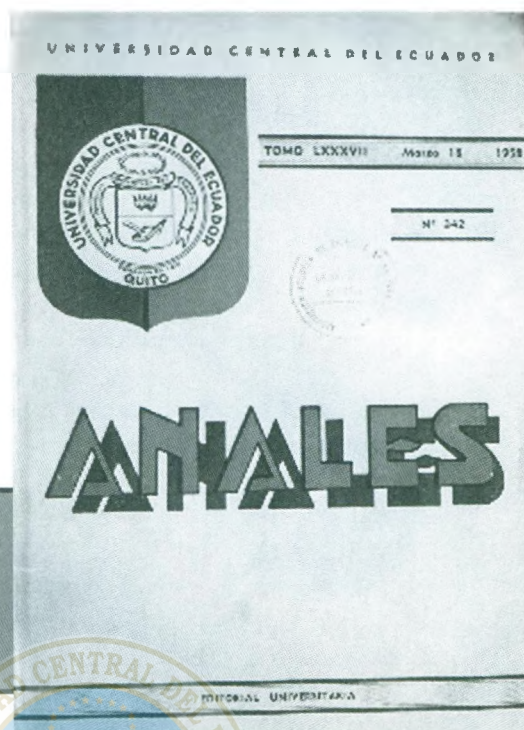
Dicen que es Primavera, y no me importa.
Una ebriedad de cielo claro y bueno,
como si fuera en su delirio pleno
el sueño largo y la tristeza corta.

Dicen que es el Amor, y no me importa.
A ratos, de relámpagos y trueno,
otras, inverosímil de sereno;
toda distancia su distancia acorta.

Estoy en medio de la luz del día;
me dicen que es la Vida, y no me importa:
no le conozco el rostro al mediodía.

Quiero la noche, siempre, la que aporta
sus vestiduras de melancolía.
Me dicen que es la Muerte. Y no me importa.





Juego

Amor, ni me eres fiel, ni yo he de serlo.
Juega tu juego libremente, afina
la puntería de tu flecha, inclina
el corazón herido para verlo...

Por cada blanco errado, a devolverlo:
dardo por dardo contaré, mezquina,
para saber cuál de ellos te conmina
o dar el corazón y retenerlo.

y no me pidas más de lo que entrega
tu reticente salto equilibrista.
Cuando caiga la venda que te ciega,

cuando en hallarme tu pasión insista,
descubrirás que en el amor se juega
un ágil truco de malabarista.

Llamamiento

Está el amor enfrente. Está golpeando
con mano de cristal, frágil y aleve,
está pidiendo que alguien se lo lleve,
al fin su cautiverio desatando.

Yo digo no. Acaso voy nombrando
su nombre eterno con palabra breve,
y duele el ala de la herida leve
pues aunque digo no, lo estoy llamando.

Viene a mi boca el renovado agravio;
cuando voy a decirlo, está delante
del corazón lo que se calla el labio,

y enmudece mi voz, sueño adelante
—¿quién dijo al sueño que el callar es sabio?—
No sabe de perdones el infante.

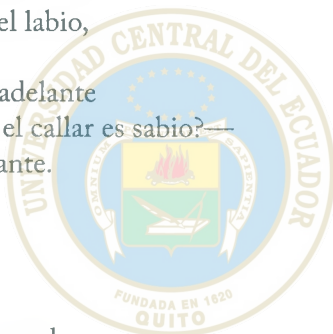
Aniversario

Termino el día que no trajo nada.
Ni una seña en el aire que dijera
de la memoria de un amor cualquiera,
ni una mano en el tiempo levantada.

Algo aguardaba yo de esta jornada,
algo que nunca más se repitiera.
Quédame ahora sólo la frontera
del día exiguuo que no trajo nada.

Día de otoño cándido y liviano,
con pena que no es pena, que es fatiga
por este corazón como un vilano

a todo viento dando su cantiga,
y un dolor sin dolor, que es tan lejano,
y una muerte sin muerte, casi amiga.



Piruetas

Amor protagonista, compañero
de mis vigiliass sin ningún sentido,
aire de trasnochado y mal vestido,
y de ti mismo el agrio carcelero:

perdona el verso juguetón y huero
—no te pido perdones si te he herido
pues sólo tengo lo que tú has traído—
mas no quiero decir lo que no quiero.

y te disfrazo con mi luz secreta,
te vuelvo intrascendente y casi nada:
págame el drama sólo una pirueta,

moneda de oro con la efigie usada.
Y no reclamo más que la obsoleta
palidez de una luna almidonada.

Libro

Amor es como un libro: en la portada
rótulo en letras de oro, que vocea
un nombre que no dice a quien lo lea
nada de esa pasión encuadernada.

Muchas hojas en blanco, mucha nada;
de lomo adentro, todo lo que sea
una tristeza dulcemente fea.

Está el amor enfrente. Está golpeando
y un silencio de página cerrada.

Quiere hallar el amor algo que asombre,
raro infolio de autor desconocido;
sin pensar que el autor no es más que un hombre

cambia de autor mas con igual sentido:
un índice que tiene sólo un nombre,
y un ex-libris al fin que reza: olvido.



Amor pequeño

Vaso a medio colmar, amor pequeño,
trasiego de la noche, vino oscuro:
de un sorbo triste su tristeza apuro,
de su falsa embriaguez al fin me adueño.

Un solo mal. Un solo llanto. Un dueño
de aquel jazmín impersonal y puro.
Ni llanto ni jazmín ni mal auguro;
tragicomedia del amor risueño.

Si doy en preguntar —no sé cómo era—
nadie me da razón del acertijo.
Me halló dé frente y se cambió de acera,

Inútilmente, que yo nada exijo
y oculto en mi bolsillo una quimera
y un capital de sueño a plazo fijo.

Creencia

¿De qué recuerdo he de valerme cuando
al fin mi juventud sea un recuerdo?
Sé que no ha de volver lo que ahora pierdo,
ni me darán lo que ahora estoy buscando.

Este es mi hoy, mas vivo regresando,
y estoy en el perpetuo desacuerdo
del loco corazón y el amor cuerdo,
echados al camino que desando.

Los cuatro rumbos a mi sangre pido:
sur del deseo, norte de la pena,
este del llanto, oeste del olvido;

por talismán, un trozo de cadena,
por patria el cautiverio preferido
y acaso creerme que la vida es buena.



Episodio

Cambio el amor por una baratija,
hago un guiño a la luna, digo nunca,
y le perdono la cornada trunca,
y no me importa más su luz prolija.

No quiero nada, nunca más, que aflija,
ni una pasión que se me quede trunca.
Torno a decir que nunca, nunca, nunca,
y no vuelvo a entreabrir ni una rendija.

Porque mi herida es toda mi victoria,
porque no guardo, ni ternura ni odio,
porque llevé tu nombre en la memoria,

y hoy que te olvido hasta un adiós salmodio.
Porque es la vida verdadera historia
y el amor nada más que un episodio.

Palabra, inútil

¿A qué distancia del amor me muevo,
si me invade de nuevo esta ternura
que la enconada lágrima inaugura
en otro llanto que entre el pecho llevo?

Amor, ¿por qué te vivo y sobrellevo,
torva pasión con la pasión más pura,
blanda caricia bajo mano dura,
y el sí y el nó donde la sed renuevo?

Mírame descubriendo otra mirada,
buscando en la palabra repetida
una oculta palabra inusitada:

ruego, esperanza, adiós, sueño o herida.
Esas palabras que no dicen nada,
esas palabras que ya son mi vida.



Ayer

Digo te quise, nunca más te quiero;
hoy eres el ayer que ya no importa,
que amor eterno es la pasión más corta
y el olvido su nombre verdadero.

Vida de cada día, mentidero
de bien y mal donde la sangre acorta
el largo de ala y la memoria absorta,
beso fugaz y encono duradero.

Estoy pensando en ti. En la dulzura
suave de otoño que me diste un día,
único cielo y única ventura,

y en seguida el adiós y la elegía,
y acaso el nunca más de la ternura.
Mas esa hora sigue siendo mía.



Recuerdo

Si no era el amor, se parecía.
Traía gesto ausente, paso leve,
una rosa de agosto nueva y breve
y el vaticinio de la alegoría.

Si era el amor, no era de alegría.
Algo como ha de ser besar la nieve,
algo como un abrazo cuando llueve,
como un hermano de melancolía.

Amor, ¿fuiste o no fuiste en mi destino,
viniste a mí o no viniste, acaso?
Todo, ¿qué fue? Naufragios del camino,

dicha fugaz, llanto de otoño, ocaso,
... todo bebí como se bebe un vino,
todo cabía dentro de mi vaso.

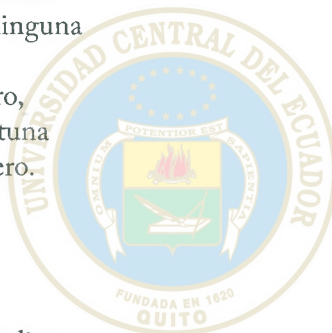
Dádiva

Tendré, si vuelves, para darte, acaso
ese jirón de cielo; me parece
que sí te lo daré: me pertenece;
también —que es mío— te daré mi abrazo;

un verso exiguo que hable de fracaso,
del drama repetido en que perece
siempre el amor eterno, y si no crece,
el menguante con cara de payaso;

aquel mar con su noche, sí. Y alguna
de todas estas cosas que enumero
como jugando, como si en ninguna

arriesgase mi bien perecedero,
te dirán que era toda mi fortuna
un puñado de polvo verdadero.



Soneto para tu sueño

En tu mano mi mano: así te digo
con qué nombre bautizo mi quimera.
¡Qué importa que no sea verdadera
si la verdad es caminar contigo!

Porque el amor es soledad, castigo,
remordimiento de la primavera,
llanto cautivo y dominada fiera,
llevo la pena del amor conmigo.

De todo bien y todo mal le acuso,
por todo mal y todo bien le quiero.
De acierto y desacierto igual le excuso,

y el daño triste del amor prefiero.
Róbate un beso de mi tiempo iluso
para alumbrar tu sueño, pasajero.

Soneto para tu ternura

Vivo detrás de su ternura, quiero
agamuzar el aire que atraviesa,
y ser la eternidad en donde empieza
a existir en mi tiempo verdadero.

Conmigo irá por sueño y por sendero
—¿existió alguna vez otra promesa
que ésta, la suya, de sonrisa ilesa?—
hasta la hora del final lindero.

No lo tengo y es mío. Pero ampara
dentro del corazón como un escudo
el hombre suave que hasta mí llegara,

—nunca en hora mejor llegarme pudo—.
Mas si mi amor le pesa, siempre hallara
fácil de atar y desatar el nudo.



OTROS POEMAS

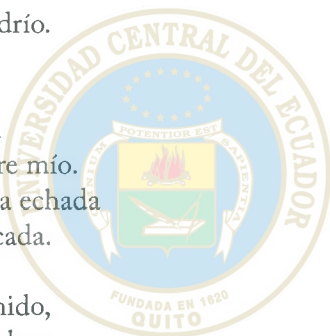
Salmo de amor y sueño

Más allá de este rostro pasajero
ha de quedar mi canto enamorado,
canto que acaso guarde algún viajero
como un himno de amor en el costado;
y así seré el juglar de algún sendero
en otro corazón resucitado.
Mirando en otros ojos el paisaje,
al fin seré en mi voz, razón del viaje.

Hoy sólo sé que digo todavía,
hoy sólo sé mi torre y mi albedrío.
Mínima criatura, no sabía
la meridiana flama del estío,
ni el dorado racimo de alegría
maduro en luz para ser siempre mío.
y ahora a mis pies es una leona echada
mi tremenda pasión, domesticada.

Perdí la libertad que no he tenido,
conquisté el paraíso que no hube;
fácil presea le cedí el olvido,
difícil paz, hacia la sangre anduve,
y en mitad de la sangre detenido
el nombre intacto del amor sostuve.
¿Perdí la libertad? Ya no me importa:
siempre lleva el amor cadena corta.

Domo del pecho, carne victoriosa,
apretada lujuria de mi cielo;
encendida lucerna milagrosa
alerta cuando duermo y cuando velo:
rosal de eternidad de eterna rosa
y allí sosiega el pájaro su vuelo.
Ansia mortal, rescata su ceniza
la quimera inmortal de la sonrisa.



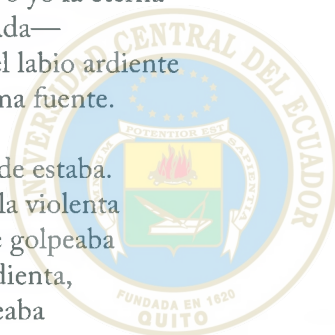
Empina el sueño riendas de aventura
y lanza su corcel a la carrera.
De pie en el canto —soledad madura—
el auriga celeste descubriera
que en el amor tan sólo se perdura
en la entrega total y verdadera.
Y él me doblega su ademán seguro;
obstinado, dichoso, vivo, oscuro.

Vara del árbol jubilosa y tierna,
brizna del tiempo en lumbre incorporada:
la linfa inmemorial de la cisterna
le presta su frescura alucinada
—Que al fin no sé si es ella o yo la eterna
criatura sin mal ni encrucijada—
y hundo en su cuerpo leve el labio ardiente
buscando el agua de la misma fuente.

Niño de amor: yo supe dónde estaba.
En mi hueso, en mi luz, en la violenta
sangre que con su oleaje me golpeaba
esta orilla carnal ardua y sedienta,
el ángel en mi espejo señoreaba
su voluntad maravillada y lenta.
Espacio anduvo y vino con premura,
dándome libertades y clausura.

Niño de amor: acaso te me fuiste
al rostro adusto que me salva el cielo,
recostado en el pecho donde hiciste
tu primera guarida, puma en celo.
Si te pude perder, igual viniste.
por el camino de mi desconsuelo.
Y estás en mí más empinado y fuerte
que tiempo y llanto y fiebre y vida y muerte.

... Niño de amor, de rostro vuelto al huerto
en vigilancia de la nueva rama:
te ampare Dios el corazón despierto,
el corazón que solamente ama,
y a mí me des tu resplandor abierto,
tu prodigiosa plenitud de llama,



y la mirada sin enigmas, recta,
de mi celeste soledad perfecta!

Tierra interior, perdida transparencia,
suelo que quise, predio que fue mío,
perfil del aire, vertical ausencia:
mi patria tuve, con lucero y río,
incendio y flor, colinas de inocencia,
y un mar con un juguete de navío.
A ratos sed y hambre, nunca hartura,
mas siempre renaciendo en la ternura.

¡Mástil de profecías! ¿En qué hora
alcé de mí la fuerza del torrente,
saldo de juventud que se desdora
al roce de los días? El presente
es el viajero que jamás demora,
atroz, inexorable, indiferente.
Hoy es mañana. Que el ayer perdido
no vuelve ya, volcado hacia el olvido.

Niño de mi delirio, niño antiguo:
yo iba entre la muerte y el asombro
-deseo urgente, ambicionar exiguo,
y apenas la nostalgia con que nombro
el paso breve y el temblor ambiguo-
cuando sentí tu brazo sobre el hombro.
(Transfigurada melodía, sola,
recogí su rumor de caracola).



Carta confidencial a Arturo Torres-Rioseco

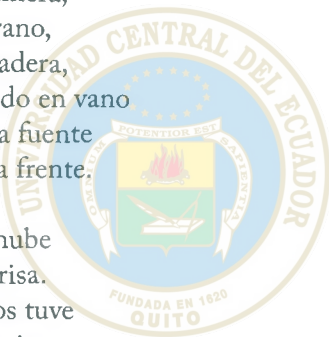
Torres-Rioseco, noble amigo, un cielo
que tú conoces mas que no es el tuyo,
me da la dimensión de mi desvelo,
de todo cuanto en mí busco y rehuyo,
y de cada imposible y cada anhelo,
de todo eso que ignoro y lo que intuyo,
el contraluz de bien y mal en donde
la sangre joven su pleamar esconde.

Fui adolescente sin saber qué era
tener el universo entre la mano,
y al universo convertí en quimera,
y preferí el otoño y no el verano,
y anduve así, ya triste y verdadera,
en fuego y sombra, dialogando en vano
con el murmurio de la oculta fuente
que me golpea el hueso de la frente.

Amigo mío, desencuentros hube
desde la iniciación de la sonrisa.
Fui espectadora, y aún a ratos tuve
un papel protagónico en la brisa,
mas, tal la brisa, yo jamás retuve
el beso breve que marchó de prisa.
Siempre el mismo reloj marcó a deshora
el mismo ensueño con distinta hora.

De tal modo sumisa y agresiva,
de tal modo dulcísima y violenta
—contradictoria la muchacha esquiva
que la aventura renovada intenta,
porque sabe que sufre y está viva
y en su dolor la herida se alimenta—,
volví siempre los ojos hacia adentro,
y allí razón de vida y muerte encuentro.

Allí el tumulto de la ola, el arco
del brazo que señala los luceros,
allí la proa intemporal del barco,
y todos mis fantasmas marineros,



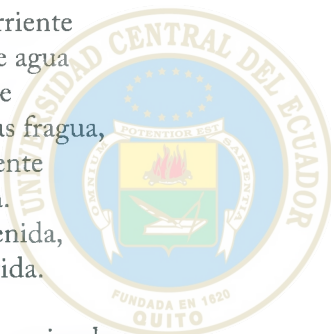
allí el navío donde no me embarco,
allí los nombres de mis pasajeros...
Allí el cándido símbolo del viaje,
nave y poema sobre el mismo oleaje.

Historia, amigo mío, sin historia:
itinerario de una pena, acaso,
que llevo desde siempre en la memoria,
con la melancolía de un fracaso,
siguiendo la obstinada trayectoria
que va del corazón hasta el ocaso.
Melancolía cuando cae la tarde.
Melancolía que me dice: es tarde.

Estoy hundida al fin en la corriente
del río eterno. Mi talismán de agua
roza la sien antigua e inocente
donde el recuerdo sus enigmas fragua,
y acaso torno a ser la adolescente
enamorada del amor del agua.
Soy la piedra en la orilla, detenida,
el río corre y permanezco herida.

Porque ignoré la gracia de ir sonriendo,
fui hasta el abismo y me volví. Detuve
mi paso al borde del temor, huyendo
de la caída. Por mi mal, sostuve
alas de arcángel sobre el pecho ardiendo,
y allí donde hubo algún sollozo, estuve.
Hoy te lo digo como sé: en un canto
sencillo y verdadero como el llanto.

A ti, Torres-Rioseco, te adelanto
este recuento, un tramo de mi vida,
mi deambular por entre sueño y canto,
y mis regresos con la nueva herida,
culpándome de amor por tanto y tanto,
quieta en la rada, nave sin partida,
igual que la pasión sin el deseo,
fuego sin llama y mar sin Odiseo,
¿Qué más puedo decirte? Te confío

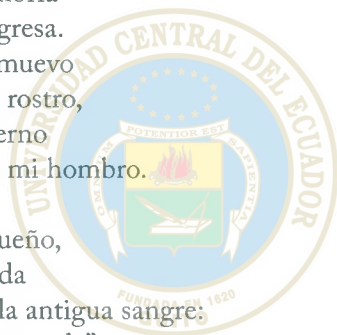


que al fin estoy amando el cotidiano
tropiezo donde muere mi albedrío
y, como Solveig, mi aguardar en vano,
pero sabiendo que no hay nada mío.
Guarda el secreto, amigo tan lejano:
y tan aproximado a mi tristeza:
yo sé que en mí, la Soledad empieza.

El recuerdo

Amor del otro lado de las cosas,
amor que pudo ser sobre la tierra
de nuevo el paraíso, la memoria
de una rosa perdida que regresa.
Estás detrás del aire, si yo muevo
la mano puedo acariciar tu rostro,
y viene a mí alucinado y tierno
un cielo que desciende por mi hombro.

¡Cifra cerrada de mi solo sueño,
definitiva lumbre enamorada
que incendia el bosque de la antigua sangre,
alondra matinal que dice “es tarde”,
sediento ocaso que susurra “aguarda”
agua clara de Dios que serpentea
con su frescor selvático en la carne!
Relampaguea en mi pasión tu beso
mientras la lluvia azota los tejados,
y es verano, y pienso que estás lejos
bajo mi lenta noche americana.



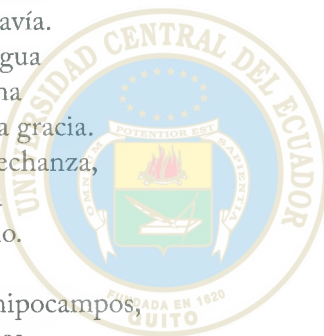
El viaje verdadero

Sobre este mar me marcharé a buscarte.
Iré costeanando nuestra orilla atlántica,
dirá el norte mi aguja navegante,
me cruzaré con otros argonautas
y les preguntaré: —¿Quién vive, amigos?
Entre el mar y el amor, ¿a qué distancia
debo arrojar, cuando al fin llegue, el ancla?
y sin oírles, seguirá su andanza
bajo la Cruz del Sur mi sueño intacto.

Para breve esperanza, viaje largo.
Una sirena, en la mitad, me canta.
No es la noche ni el alba todavía.
Y yo la escucho sin oír, y el agua
en torno de la proa arremolina
la espuma joven de la antigua gracia.
Singla la nave en rutas de acechanza,
y la criatura del peligro pulsa
el arpa delirante del naufragio.

Sé que me salva un coro de hipocampos,
una guardia callada de delfines,
fieles bestias del mar, agradecidas,
que buscan ramos de algas y corales,
despiertan caracolas rumorosas,
forman diademas con estrellas ciegas,
¡mi cónclave de leales submarinos,
para flanquear el paso a la muchacha
que siempre halló en su oleaje, el compañero
de la tremenda sombra y de la herida!

El mascarón de proa me señala
con el índice en alto, los luceros.
Está el amor temblando entre las jarcias
y todo el barco suena en los cordajes
con invisibles músicas marinas,
embanderado con un solo nombre,
un solo nombre que es, Amor, el tuyo ...



Apoyado mi rostro sobre el viento,
la rosa sideral marca la tierra.
Estoy de pie en la nueva geografía,
toca mi sangre iluminado puerto.
Sólo puedo decirte: -Esta es mi vida.
Este, mi corazón. Te los entrego.

Si dices no, la nave fatigada
hacia la Muerte, emprenderá el regreso.

Canto al amor

Canto el amor, su oscura maravilla,
el cuerpo dócil de la gracia, el duro,
despiadado ademán de la vigilia,
y la ternura de la diaria entrega
al insaciable oficio de la carne.

Amor de desatadas fronteras,
llama de pie, arbolada hazaña:
instaura en la verdad su geometría
de isla remota —abrazo hospitalario—
y una paloma sin pasado vuelve
a besarme los labios de la herida.

Tacto de los delirios, claro río,
pánico del incendio donde empina
el dios secreto aljaba involuntaria:
canto el amor perenne, alucinado,
su dardo de oro, el escondido fuego
que mueve las mareas de la sangre.

Canto el amor y su inmortal navío,
su arboladura de éxtasis y miedos,
el amor sin naufragio y sin orillas,
de tritón y sirenas compañero.

Vertical de mi sueño, sueño vivo,
bosque del beso y la razón del bosque:
la dríada salvaje en la espesura
inicia en rebelión y desafío
la libertad de sonreír desnuda.



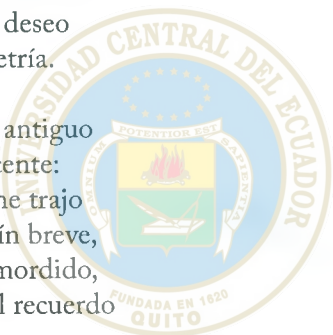
Relámpago y torrente, en la morada
tibia del pecho donde se recuesta
la sagrada cabeza; hilo de agua
dando a la sed exigua, sorbo eterno.
Canto el amor incorporado en ascuas
y curvo como el cielo en la caricia.

Amor, amor, amor, amor, te entrego
de cuanto soy, la intacta primavera;
de cuanto tengo, el incendiado y nuevo
delirio que en la sien relampaguea.

Cubre mi luz la orla del misterio,
y el mar sellado de la doble herida
para doblarse al cuerpo del deseo
rompe su clausurada geometría.

Amor, amor, amor, mi dios antiguo
mi despiadado dios adolescente:
¡qué ademán de tu cólera me trajo
la desmedida lumbre, jazmín breve,
de prisa ardiente y pétalo, mordido,
ya, nada más que aroma del recuerdo
su extinguida blancura!

Amor, la rosa de los vientos dice
el signo de tu abrazo. Cuatro puntos
clavan en lejanías tu bandera.
Alzas tu tienda en la mitad del tiempo
y los maduros frutos se te ofrecen.
Amor custodio, el del grillete tierno,
Amor de sumisión y de mandato,
Ángel de esclavizada tiranía:
Su aliento vivo marcha a mi costado
Infatigable marcha a mi costado
¡El lebel de la Vida!



Tellus Ecuatoriana

Para Jorge Carrera Andrade

Esa casa infinita, de pánicos alientos,
la ebriedad de los bosques, las savias, las resinas,
los vedados jardines de las algas marinas,
la frotación de ramas en los húmedos vientos;

los valles resonantes bajo rayos violentos,
las selvas enceladas, las cúpulas felinas,
las eróticas lianas entre flores y espinas,
el jaguar estival de mudos crispamientos;

las eléctricas brisas de alas, las palomas
saeteantes de ansia sobre las rubias lomas,
la orilla de los ríos donde el agua es bebida

por desnudas raíces, por aves y serpientes,
todo el flujo inmortal me arrastra en sus corrientes
cual si ser una vida fuera toda la Vida.

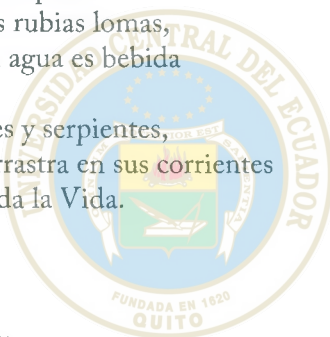
Crear como la tierra

Para Isaac J. Barrera

¿Y si entrara a las selvas embriagada de vida
y abrazase los árboles, y en radiantes furores
me frotara las manos con lianas y con flores?
¿Y, sagrada de instinto a la rama adherida
mi sed, ebria bebiese la savia, y sensitiva
el ansia, retornara a los rojos amores,
y cerrara en la herida los ácidos rencores,
y volviese a la sangre la tempestad perdida?

¿Y fuera como el sol, como el mar, cual los vientos,
ola en la ola, y huracán en los huracanes,
río en el río, fuego en el fuego, llama en guerra

en donde juntos danzan júbilos y tormentos?
¿Y encendiese el abismo del ser y sus afanes
pánicos, y crease como crea la Tierra?



Al Tomebamba, desbordado

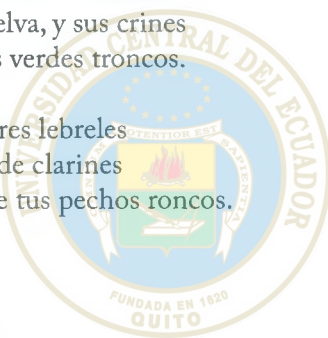
Para Agustín Cueva Tamariz

Iba. . . Y yo era en el río, era en el agua loca,
era entre los oleajes y en la racha valiente,
río y hombre bajábamos la montaña caliente
del trópico, y hendíamos la volcánica roca.

¡Tomebamba ... ! Aún mi piel estremecida toca,
en memorias profundas, tu piedra y tu corriente,
aún tu espuma blanquea, casi en sueños, mi frente,
aún bebe tu delirio el ansia de mi boca.

Aún te siento caer del Ande, aún tus corceles
líquidos, se desbandan en la selva, y sus crines
al sol, serpean llamas entre los verdes troncos.

Aún lanzas a la Tierra cazadores lebreles
de plata, y te rodea un viento de clarines
que brillan todo el canto sobre tus pechos ronc.



El indio no domado

Para Enrique Garcés

Allá, en un hondo río del Ecuador, un día,
bronce y fuego tenaz, remando en su piragua,
iba un indio, en el pecho un espasmo de fragua
y en los cimbreantes brazos una roja alegría.

Moviente llamarada de su sangre fluía
mientras su nave rústica quebraba brisa y agua.
A lo lejos un verde de palmera y de tagua,
y sobre el bosque pánico la tarde en agonía.

Cazador de las selvas, remero de los ríos,
indio de soledades inmensas, libre, solo,
allá, en las tierras anchas que van al Amazonas ...

Ante la rebeldía de tu llama y tus bríos.
Las mil ciudades tristes de mi dolor te inmolo,
oh, fecundo de instintos que jamás aprisionas!

El indio de los despojos

Para Rodrigo Pachano L.

Indio, yo te seguí por las calles de Ambato,
Seguí tu pie de tierra, tu heroico pie desnudo,
y seguí tu silencio y tu destino mudo,
y el ritmo de tus hombros bajo el peso del hato.

Tal vez un huracán crujía en tu recato,
freno del sufrimiento y el sacrificio rudo,
dolor de cuatro siglos que extinguirte no pudo,
doma y desgarramiento del íntimo arrebatado.

Comprendí tu tensión y el temblor de tu hazaña.
Dejaste la ciudad, subiste la montaña
cuando sangra el crepúsculo en los neveros rojos.

Tú también como el monte, sangrabas de tu herida.
Todos te despojaron, y te quedó la vida
de la muerte, y el dulce suplicio de tus ojos.



La india madre

Para Jorge Icaza

India que vas a ser la madre, en el sagrado
bosque, cerca del río, en las nocturnas horas.
Ni por el miedo tiemblas. ni en los dolores lloras,
ya tu fruto, asomándose al aire, reposado.

¡Nació...! ¡Lo tienes...! Íntima, lo acuestas a tu lado
y en un sueño divino sueñas grandes auroras,
las mañanas de pájaros, las tardes cazadoras,
el arco de tu hijo, el rendido venado.

¡Flor de tu sangre pura en la tierra florida!
Distes tu propia sangre para crear la vida,
Y con la sangre fértil la noche oscura sellas.

Los árboles te cantan, te adora la corriente,
duermes en el dios cósmico que te besa la frente,
y entre las ramas húmedas te miran las estrellas!

A la ciudad de Cuenca

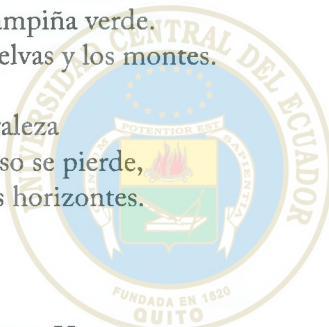
Para César Andrade y Cordero

Cuenca de mis recuerdos, entre montes, combada
en curva femenina y en voluptuosa hondura,
Cuenca del día mágico de paz y de dulzura,
en éxtasis y en sueños, ciudad maravillada.

Vienen ríos por verte en su luz reflejada,
vienen del Ande trágico, amor los apresura,
y vienen aves rítmicas a tu diáfana altura,
y de las cumbres recias, la racha apasionada.

Más que vivir, tú viertes la vida en la belleza.
Eres la novia blanca de la campiña verde.
Te abrazan de armonía las selvas y los montes.

Alucinas el valle. Y la Naturaleza
por subir tu poesía, de su peso se pierde,
cual si fuera volando divinos horizontes.



El Chimborazo

Para Leopoldo Benítez Vinueza

Quiero decir tu signo cuando en amor te abrazo,
del Ecuador andino la cumbre de las cumbres,
cacique geológico de torvas reciedumbres,
cumbre para las cumbres, violento Chimborazo.

A veces, al crepúsculo, sangras como un hachazo,
en la llama del Sol, o hiendes los vislumbres
del cielo, entre las noches de astrales muchedumbres,
o sientes de la aurora el dorado aletazo.

Héroe mítico, cima heroica, radiante grada
donde trepó Bolívar, mil rayos en su espada,
y un pensamiento rojo en la frente cimera.

En ti, fue su delirio, su vuelo sobrehumano,
ebrio bajo los cóndores del Ande americano,
en ti, Monte profético del sueño y la quimera!

Juan Montalvo

Para Gonzalo Zaldumbide

Fue en la montuosa Ambato, y él fue el más bello brote,
del caballero errante, del hidalgo idealista,
y a la vez que el andante caballero, el artista
hermano de Miguel y hermano del Quijote,

Pluma de Oro y de hierro, vara de luz y azote,
daba al bronce y al mármol la más tallada arista,
o en el combate humano era el recio agonista,
y alanceaba tiranos su lanza, en recio bote.

Fue libre por estilos de varón y de orgullo,
Para cada grandeza brotó un fino capullo
o deshojó la rosa que en sus manos crecía.

Trepó las ciencias todas con heroico arrebató,
y cuando por las noches sueña, dormida, Ambato,
su alma es el Clavileño que vuela todavía.

La lluvia sobre las montañas

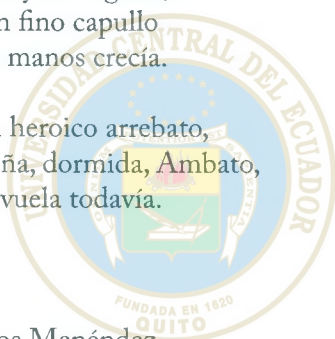
Para Carlos Zevallos Menéndez

Enormes, redondeadas, de abismales negruras,
levantan el oeste las nubes tropicales,
en eléctricos tajos relámpagos fatales
hachan los senos lóbregos y azoran las alturas.

Debajo el Ande ríspido. Pétreas arquitecturas
de colores salvajes y cuerpos colosales,
montes de la soberbia, roquedos inmortales,
geometrías titánicas, geológicas fracturas.

¡El agua, el agua, el agua! Por los rayos crispadas
y heridas en su sombra, ebrias y desbordadas
se derraman las nubes por cimas y laderas.

Los volcanes sedientos beben hasta la entraña,
mil torrentes en fuga nervian cada montaña,
y el galope del trueno rechina en las neveras.



El bebedor de la noche andina

Para Aurora Estrada y Ayala de Ramírez Pérez

Sufro el vicio nocturno de beber en el vaso
de la noche sombría los mágicos licores.
Bebedor de la noche, olvido los amores,
olvido las heridas y olvido mi fracaso.

Detengo en las tinieblas el lastimado paso,
cubro de puras nieves las efímeras flores,
hielo en la sangre pánica los lúbricos ardores,
y bebo el vaso eterno y en su llama me abraso.

Arden las sombras dentro del ánfora inefable
con un fuego visible sólo al pecho vidente
y bebo el mismo abismo que sólo yo contemplo.

Todo es luz en el cuerpo de la noche insondable.
Bebo esa luz arcana, bebo infinitamente,
hasta que el bebedor es la verdad del templo.

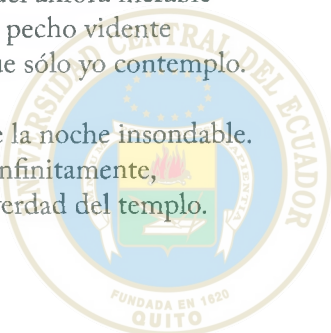
Muerte en la selva

Muralla de la selva, crispado laberinto
de troncos y de sombras, de lianas y ramajes,
interminable boca de deseos salvajes
que sorbes de la tierra la savia y el instinto.

Te quisiera en la muerte ... Que fueses el recinto
vital, la urna inmensa que oyera los mensajes
del polvo de mis huesos, y en tus verdes cordajes
me dieras a la música desde mi fuego extinto.

De no ser hombre, ¡oh selva!, ser tu drama y tú canto,
subir por raíces con un sagrado espanto,
vibrar en savia y polen, amar con tus corolas,

beber las ebrias lluvias, crecer tus primaveras,
sombrear el paso elástico y rojo de tus fieras,
y bajo el huracán estirarme en tus olas.



El drama salvaje

Era el jaguar. Urgía los ojos. Fulguraba.
El cuello estremeciéndose, erguía la cabeza.
En la zarpa el instinto, el vigor, la destreza,
y bravío el incendio en su pecho bramaba.

Era en la selva innúmera. La vida se crispaba
en delirante raptó de horror y de fiera.
Tremendo de silencio, de espasmo y de belleza,
ante el jaguar, el indio, crujiendo, se encorvaba.

Choque mudo y salvaje. Lucha de dos abismos.
Hombre y bestia se hundieron en sus impulsos mismos
como para subirlos después en ebrio empuje.

Salta la fiera. La vigila el indio. Vuela y brilla
el dardo. Se enrojece la piel de maravilla,
y se mezcla a la muerte una sangre que ruga!

La sed vital

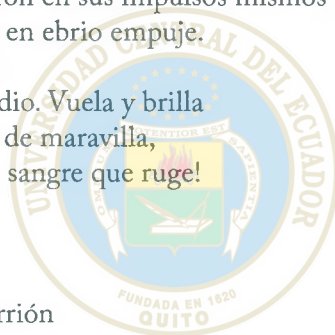
Para Benjamín Carrión

Bebe en sangre la vida, en la sangre implacable,
bebe en savia la selva; bebe en la selva pánica,
bebe los ebrios vientos en la racha huracánica,
bebe el néctar nocturno de la esfera inefable.

Bebe la esfinge, bébela con la sed insaciable,
bebe las olas ácidas y la sal oceánica,
bebe los paraísos del amor en la adánica
inocencia, y el óleo de la tierra insondable.

Bebe en tu propia fuente. Exprime tu alegría,
apresa la manzana de espasmo y agonía,
hurta el racimo mágico que el loco vino vierte.

Y bebe al dios que afirma y al satán que blasfema;
bebe los infinitos de la sombra suprema,
y bébele el abismo al pavor de la muerte.



La pausa del puma

Para Augusto Arias

Puma de noche y sol, oro entre sombras vivas,
lento, flexible, elástico, bordeando la arboleda
hasta llegar al río y hollar la fina greda,
únicas de misterio sus miradas altivas.

Era al ocaso, entonces.. Las luces sensitivas
le besaban la piel con un beso de seda,
y una brisa de aroma y de deleite, leda,
le atenuaba de amor las garras impulsivas.

Noche ya. Entra al bosque. Cae profundamente
a la tierra, y se duerme sobre el oscuro lecho
y bajo de los ébanos vibrantes del ramaje.

Sólo el silencio puede acariciar su frente.
Es enorme la pausa divina de su pecho
y el sueño que le abraza su corazón salvaje.

Una noche en los Andes

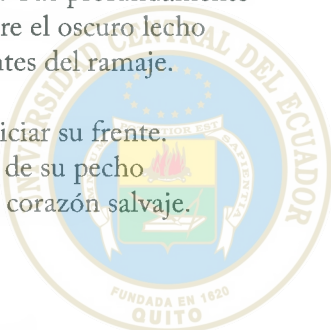
Para Emilio Uzcátegui

Cae la luz del sol al lejano occidente.
Se recuesta en el Ande un oro delicado.
Pesa casi la sombra en el perfil dentado
de los montes, y a poco, la noche es inminente.

Y es ella en el Cayambe de diamantina frente,
ella en el Cotopaxi, de orgullo levantado,
y en el Altar enhiesto, misterioso y callado,
y sobre el Chimborazo, y el Pichincha potente.

No hay más que las estrellas y las cumbres nevadas,
y entre las albas cimas y los astros divinos,
la Madre Noche, inmensa sobre mis soledades.

Tiembla un temblor recóndito en las sombras sagradas.
Son dos eternidades que borran mis caminos,
y una mística muerte sobre mis tempestades.



La selva del Cuyabeno

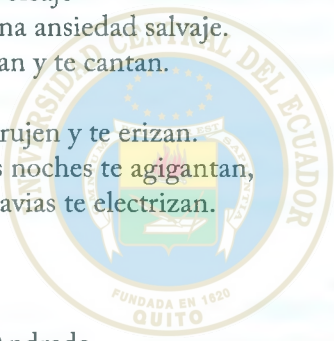
Para Alfredo Pérez Guerrero

En ti voy penetrando, selva de titanismos
trágicos, verde templo, columnas colosales,
cúpulas en impulso, sombrías y vitales,
y raíces hambrientas en los sordos abismos.

No cabes en la rígida virtud de los guarismos.
Tus tentáculos suben, erguidos y fatales.
Arden en la luz fálica tus ramajes sensuales,
y sorbes la energía de tus espasmos mismos.

Deliras el color en el lúbrico oleaje
de la techumbre, ardida de una ansiedad salvaje.
Pájaros como nervios te vibran y te cantan.

Fieras como relámpagos te crujen y te erizan.
Te agrietan las corrientes, las noches te agigantan,
y entre infinitas cúpulas las savias te electrizan.



La montaña de fuego

Para César Dávila Andrade

Una noche infinita se ciñe al Tungurahua,
en la cumbre la sombra y la estrella bruñida.
La nieve es una frente, el río es una herida,
y le sangra en las rocas el descenso del agua:
Aguardo. Ya es la aurora. Se empurpura su fragua.
Hasta el monte le salta la luz enardecida.
Brumas dentro del valle, niebla al árbol asida,
De cielo es el Pastaza, y de oro, la piragua.

Una sangre de polen, mil arterias calientes
en el monte derraman. El hielo vibra. Quema
en los voraces ojos un incendio lascivo.

Sobre el túrgido seno arden ansias potentes,
Arquea la montaña su seducción suprema,
y el Sol muerde, en un beso, el pezón sensitivo.

El río y la ciudad

Para Clodoveo Alcívar Cevallos

Verde y azul, el Guayas, en tributo
de sus fecundidades tropicales,
bordea la ciudad con sus caudales,
aguas de selvas y de risco hirsuto.

Con pecho de cristal dona su fruto,
y deslizando espejos siderales,
duplica las estrellas inmortales
y el mediodía recto y absoluto.

¡Ved la diáfana luz de su trabajo!
Desde las cumbres recias, por su tajo
mueve sin fin la rueda viajadora

y en tanto lo contempla y lo agradece,
la ciudad, como el río amado crece,
sangre del tiempo, voluntad creadora!



El sueño de los soles

Dorando nubes y dardeando montes
el dios arquero en el portal del día,
acústico, desata la armonía,
y enrojece los vagos horizontes.

Sangra sobre las cúspides bifrontes,
y en la selva recóndita y bravía.
bate la noche, y clava su energía
en la brumosa paz de los trasmontes.

Los Andes arden ilusorias llamas,
los inclinados ríos precipitan
oro y pasión en la vital corriente.

El pez es fuego y luz en las escamas.
Ebrias las aves el rubí palpitan,
y el indio sueña soles en la frente.

A la ciudad de Quito

Para Galo René Pérez

Enamorada de los soles, Quito,
palomar de celestes campanadas,
torres del hombre al cielo levantadas
en el hondón que enfrenta el infinito.

Calles en arco, trillos de granito,
dulces a Dios en horas sosegadas,
y en días de pasión, ensangrentadas
de voluntad y arrebatado grito.

Sentí tus noches al silencio asidas,
sentí el replegamiento de tus vidas
en avidez de abismo y de pureza.

Y vi en tus albas vigilantes montes
sobre los desgarrados horizontes,
celándote el primor de tu belleza.



La noche extática

Para Adalberto Ortiz.

El ebúrneo menguante siega estrellas,
nevado filo entre los astros mudos,
y tras los montes altos y desnudos
vierte al bajar los lirios de sus huellas.

Orión pulsa venablos y centellas
Contra el Toro celeste, y vuelan rudos
los ladridos del Can, agrios y agudos,
y las Pléyades gimen sus querellas.

Los volcanes, con ojos asombrados,
miran la comba de la noche eterna,
la mística armonía de su vuelo.

Los valles se levantan, extasiados,
y la pupila ideal de la cisterna
bebe hasta el fondo la emoción del cielo.

La solitaria isla de La Plata

Para Gilberto Gatto Sobral

Los multiformes labios de las ondas curvadas
cantan, bocas azules, ¡isla!, tus soledades.
El águila del viento te arquea tempestades,
rápidas de tragedia las alas agitadas.

Aves, como jardines florecen reposadas
en la nupcial arena de finas claridades,
y te besa el ocaso las verdes oquedades,
la cintura gemífera y las conchas labradas.

No indagues tu destino de virgen casta y sola.
La sal muerde tu pecho y te ciñe en la ola.
Tierno, el musgo se encrespa al tacto de la brisa.

El sol quema su cópula en tus muslos de piedra,
te platea la luna con su sensible yedra,
y te bajan los astros su dorada sonrisa.

El hijo del sol

Para L. A. Falconí Villagómez

¡Oh Sol ecuatorial! vertical mediodía,
abres tu pecho inmenso y llueves tus saetas
sobre los ríos ágiles, sobre las cumbres quietas,
y en el vuelo del cóndor pregonas tu armonía!

Desde el Sur he venido a sentir la ufanía
de tu poder fecundo, de tus claves secretas,
a viajar con tu luz las temerarias metas,
a germinar mi trigo en tu llama bravía.

Quema esta piel de nieve en tu rayo divino,
dale el bronce del trópico al blando peregrino,
condúceme a tus templos, donde feraz expandes,

desde el oro sagrado, tus siembras silenciosas,
y haz de mí el hijo pánico, mientras ardo en tus rosas
y subo las plegarias azules de los Andes!

En Quito, Guayaquil, Ambato y Cuenca.-Año de 1953.

